

ÚLTIMOS CONFLICTOS. PRÓXIMOS CONFLICTOS

Conferencia pronunciada en las Jornadas CESEDEN-UCM 2005

Miguel Alonso Baquer

General de brigada de Infantería.

Sean mis primeras palabras la sincera expresión de mi agradecimiento por haber sido invitado a participar en estas reflexiones sobre la situación estratégica global de cuyo sentido los *últimos conflictos bélicos* son siempre una expresión inequívoca.

Antes de penetrar en la complejidad de los posibles métodos de análisis que nos deberían llevar al conocimiento de la conflictividad, cuando ésta adopta las formas de una “guerra”, conviene tener aceptablemente contestadas las seis preguntas que formularé seguidamente. Las respuestas a ellas que yo considero válidas tienen por lo menos cada una hasta tres opciones diferentes a su alcance. Ustedes pueden elegir en cada caso cual es la que consideran más adecuada a la realidad de nuestro tiempo. Lo conseguirán, pienso yo, con tanta mayor claridad cuanto más cerca de su atención sitúen al acontecimiento bélico de nuestros días que cada uno de ustedes considere el más significativo para entender el sentido de los nuevos tiempos.

He aquí las anunciadas seis preguntas y las tres opciones que, pienso yo, nos ayudarán a comprender su sentido respectivo:

¿Porqué es calificado de último un “conflicto”?

- a) Porque corresponde a una situación que está siendo superada, y porque se cree que, de ahora en adelante, *todo será distinto*.
- b) Porque retiene lo más parecido a lo que, a partir de ahora, podría sobrevenirnos en muy poco tiempo, es decir, en el *próximo porvenir*.
- c) Porque se distingue del tipo de *conflicto anterior* o *penúltimo*, ya suficientemente explicado y porque nos revela el estilo nuevo que tendrán las luchas armadas todavía abiertas o que están a punto de emprenderse por grupos sociales inadaptados a los procesos de cambio desde ahora en marcha.

Personalmente creo que la respuesta c) es la que más claridad nos aporta para comprender el estado de la cuestión. En definitiva, es el porvenir de la forma de lucha a la que venimos llamando “guerra” lo que más nos preocupa sea conocido por nosotros aquí y ahora.

¿Qué se entiende por “guerra” en relación con lo que se entiende por lucha, duelo, disturbio o conflicto en general?

- a) Una forma peculiar de la dialéctica de las voluntades hostiles entre grupos sociales organizados como Estados soberanos que no encuentran en el riesgo de una empresa motivo suficiente para eludir su confrontación recíproca.
- b) Otra forma peculiar de estar violentamente confrontados los hombres de una comunidad en relación directa con la existencia concreta del Estado vigente para ellos, donde privan tanto los grandes intereses como alguna manera dolorosa y sangrienta de resolución del antagonismo político.
- c) La antítesis total de la paz o de la sociedad sin guerras (o de la sociedad sin clases o de la sociedad del bienestar) que irrumpe jurídicamente declarada como una situación excepcional que habrá de soportarse si aparece ante nosotros un enemigo que se declara a sí mismo como tal enemigo de cuanto aquí y ahora nosotros valoramos como esencial.

También aquí la respuesta c) nos parece particularmente vigente en las bases sociales de nuestra civilización occidental. La pérdida de la paz social en el seno de cada comunidad política de hombres libres tiende a ser calificada de estado de “guerra” cuando desde el poder se pueden definir las cualidades y el sentido agresivo de las conductas de quienes a sí mismo se declaran nuestros enemigos.

¿Qué conflictos adoptan las formas propias de una “guerra”?

- a) Los *conflictos esencialmente políticos* (o de poder) característicos del pretérito decimonónico cuya responsabilidad está (o estuvo) tradicionalmente atribuida al Estado y cuya resolución se suele encomendar a los ejércitos nacionales.
- b) Los *conflictos penúltimos*, todavía análogos al modelo europeo de apertura jurídica de hostilidades –la guerra franco-prusiana, la Gran Guerra y la Segunda Guerra Mundial por ejemplo-, donde se busca el logro de una hegemonía en un espacio regional.

- c) *Los últimos conflictos internacionales* que se desglosan de la dinámica legalizadora del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas por falta de unanimidad sobre la licitud del empleo de la fuerza cuando se ejerce por iniciativa de una gran potencia (por ejemplo en el caso del Irak). Se explican por una sensibilidad tan viva en Estados Unidos de América que requiere se tomen fuertes medidas frente al terrorismo más reciente.

La respuesta c), nos parece muy correcta por cuanto expresa en la situación dada una ambigüedad creciente en relación con lo que unos y otros denominan “guerra” o “lucha”.

¿Qué conflictos adoptan las formas de una “lucha”?

- a) Los *conflictos esencialmente sociales* (o de justicia) también del pretérito decimonónico, cuya responsabilidad se difunde hacia las altas capas sociales tenidas por predominantes o hegemónicas por parte de quienes se sienten marginados o están celosos por carecer del disfrute del bienestar que sea para ellos suficiente.
- b) Los *conflictos penúltimos*, todavía análogos al modelo europeo de revolución social (o lucha de clases), que desembocan en una atmósfera de guerra civil cuando se les reanima desde el entorno para que se empleen sus activistas con violencia y por sorpresa.
- c) Los *últimos conflictos* abiertos al hilo de la globalización de los intereses económicos, que propician el empleo en las calles o en los campos de nuevos métodos insidiosos y por sorpresa a su vez capaces de aterrorizar a la población civil y de disuadirla tanto del habitual apoyo que prestan al poder establecido como de la obediencia a sus órdenes.

La respuesta c), a mi juicio, es la que enlaza con más claridad las graves consecuencias de los últimos acontecimientos bélicos sobre la opinión pública (o publicada) con la idea de una protesta social que sus gestores quieren extender al resto del mundo.

¿Cuál es el método de análisis adecuado a los “últimos” conflictos?

- a) El método del *historiador* de hechos consumados, que pone en orden el juego de los factores desencadenantes y establece unas fases y unos periodos de mayor agudización de la conflictividad, caso por caso.

- b) El método del *sociólogo*, que se orienta hacia las regularidades propias de cada coyuntura internacional y que razona en línea con una teoría general sobre el recorrido más deseable de las etapas modernas del progreso hacia el bienestar social.
- c) El método del *político*, que se siente implicado sucesivamente en el pronóstico, el diagnóstico y el tratamiento de la situación dada para propiciar la prevención, la localización y la resolución de las crisis con el mínimo daño, todo ello en la perspectiva del “próximo” conflicto que se le viene encima.

Aquí las respuestas a), b) y c) tienen cada una su propio espacio. Del historiador hay que aceptar su visión de las tendencias que vienen de lejos, del sociólogo su olfato respecto a las novedades y del político su tacto en relación con los actores en presencia.

¿Cuáles son las “actitudes” cuyo fomento nos separa de la conflictividad actualmente más abierta y más probable para nuestra comunidad política?

- a) El *sosiego* que media entre la ira y la apatía acerca de lo que sea verdadero y de lo que sea falso.
- b) La *tolerancia* que media entre el rigor y la permisividad acerca de lo bueno y de lo malo.
- c) El *perdón* que media entre la venganza y la angustia acerca de lo que está siendo grato o doloroso para un pueblo en particular con heridas todavía abiertas.

* * *

En esta sexta pregunta lo adecuado es la búsqueda serena de la síntesis equilibrada de las tres opciones. Se trata de unas actitudes morales cuya eficacia les viene de su capacidad para ser transferidas desde las personas concretas a los grupos sociales.

A la vista de todo lo anterior, resulta claro que no es posible disponer de un único método para el análisis de los posibles conflictos bélicos con participación de ejércitos regulares. Habrá: a) métodos mejor ceñidos a las cualidades del historiador de hechos ya conclusos, b) métodos mejor ajustados a las exigencias del sociólogo atento a los actores principales o a la situación general que a ellos les envuelve en un conflicto todavía abierto y c) métodos más convenientes para quien, -el politólogo- desde la prospectiva del futuro, pretenda adelantarse al estallido del conflicto que, a su juicio, ya está en el horizonte

inmediato de algunas naciones en particular, las más inestables. Y que realmente logren apaciguar a sus actores.

Historiadores, sociólogos y políticos futurólogos deberían, pues, si lo que les interesa es el conocimiento científico y recíproco de la conflictividad, intercambiar sus conclusiones. Porque sigue en pie un factor común a las tres citadas especialidades o métodos de investigación acerca de la realidad sociopolítica. El historiador, el sociólogo y el político prospectivo (o futurólogo) quieren conocer la verdad de lo realmente dado ante sus ojos. Si el objeto de su atención sigue siendo el saber acerca de los conflictos donde los hombres se empeñan con riesgos para sus vidas, los tres especialistas tendrán que poseer y compartir unas ideas generales sobre la naturaleza esencial de la dialéctica que marca a las voluntades humanas, si es que se presentan éstas como hostiles entre sí. Los tres tipos citados de investigadores sobre el fenómeno bélico deberán ponerse de acuerdo sobre las notas que hacen crecer los grados de hostilidad entre los grupos sociales (o Estados) que, a medio plazo, son las que desembocarán en luchas armadas si nadie lo remedia.

Una manera de entenderse sería ésta: en todo conflicto bélico (al que proceda denominarle “guerra” y no precisamente “lucha” o simplemente “conflicto”) hay dos actores principales, frente a frente, a su vez rodeados cada uno de ellos de varios actores secundarios. Cada actor principal sostiene un *propósito político*, en principio, incompatible con el del otro actor principal. Lo primero que conviene sea rigurosamente investigado por los analistas es el propósito político de cada uno de los dos contendientes en potencia.

En líneas muy generales puede afirmarse como primera hipótesis que al propósito político marcado por un afán de *hegemonía* le responde casi siempre en la historia otro propósito político signado por el afán de *autonomía*. La potencia hegemónica quiere garantizar para sí misma un área de influencia, sin verla interferida por otras voluntades. La potencia autónoma pretende eludir esa influencia. En una primera aproximación, la potencia hegemónica está tentada a llevar la iniciativa y a ejecutar planes de operaciones de carácter ofensivo hacia el interior del espacio que es el que se considera propio de la potencia autónoma. Ésta, a su vez, se sentirá obligada a resistirse a ello con planes de defensa.

Cualquier investigador, -sea o no un historiador de lo ya acaecido, un sociólogo de la situación que le resulta contemporánea o un político prospectivo del inmediato porvenir- puede estar cargado de prejuicios ideológicos. Puede creer, en general, que el conflicto

en ciernes tendrá algo así como unas raíces profundas, políticas, sociales o económicas. Será éste pues un simple conflicto o político o social o económico. Y habrá de medir indistintamente el alcance de los ideales y de los intereses presentes en ambas partes. Incluso cada investigador, por frío y por objetivo que sea, podrá en ocasiones cambiar de opinión sobre el curso de los acontecimientos que contempla. Llegará a decirnos que en unas fases del conflicto, lo que moviliza a los contendientes es, primero, lo político (un poder); luego, lo social (una justicia) y finalmente, lo económico (una necesidad) para decirnos a continuación que en otras fases del mismo conflicto la valoración en muchos casos se invierte. Lo que resulta de esta consideración es que ningún conflicto serio es sólo político, sólo social o sólo económico.

Tengo para mí que la discusión ideológica sobre las motivaciones, si se hace en exclusiva como mera discusión política, nos distrae de la realidad del conflicto en cuanto conflicto bélico. Porque resulta bastante claro que una vez abierta una grave conflictividad (que se vive con la participación activa de fuerzas armadas regulares, al menos en una de las dos partes) toda posible decisión de cualquier tipo (social o económico) se adhiere al propósito político en curso, casi automáticamente. La política absorbe las posturas de los grupos sociales o económicos. Ella responde de todas las pretensiones de bienestar o de progreso material que acompañan al afán de victoria. De aquí que yo aconseje al estudioso de la polemología darle prioridad al factor político, (es decir, a las relaciones de poder) sobre lo social y lo económico; pero no exclusividad.

El analista habrá, pues, de seguir como preferible el método de conocimiento de la conflictividad (en curso o en proyecto) que le deje ver con claridad la respuesta correcta a estas tres preguntas: 1. ¿Quién manda?; 2. ¿Para qué se manda?; 3. ¿Cómo se manda? Nótese que estas tres preguntas de sentido político han de saber formularse a las dos partes por separado. Las tres respuestas, una vez elaboradas, marcan el nivel de potencialidad de cada parte en “guerra” o en “lucha armada”. Porque, en definitiva, lo que antes debe aclararse para poder pronosticar un desarrollo de los acontecimientos bélicos es la capacidad de sostenimiento del propósito político, que se muestra tanto entre los dirigentes del Estado como entre las bases sociales y económicas de cada uno de los actores principales en presencia.

La segunda hipótesis que podría ser válida en cualquier estudio sobre la conflictividad bélica habrá de referirse a lo que ya he denominado actores secundarios. Esta cuestión actualmente tiene más importancia que antaño. La historia de las guerras fue casi siempre una historia tan dualista como personalizada. Había dos grandes personalidades político-militares frente a frente –piénsese en la guerra franco-prusiana de 1870- dotadas ambas de dos planes de guerra. El éxito (o la derrota) venían inmediatamente detrás de las batallas decisivas. Para el habitual estudioso del fenómeno (un militar de carrera) bastaba conocer y seguir paso a paso las dos voluntades hostiles, por ejemplo, del káiser Guillermo y de Napoleón III. Y también sus dos incompatibles propósitos hegemónicos para el dominio de Europa Central entonces en curso.

Actualmente, en todos los conflictos que están ahora mismo abiertos, pesan mucho más los actores secundarios. Actor secundario no es el actor subordinado. Actor secundario no es el general en jefe para las operaciones en curso designado por un presidente (o jefe de Estado) en Consejo de Ministros. Actores secundarios son los Estados aliados que resultan representados en las personas de sus respectivos dirigentes. Por razones morales, más bien propias de la post-modernidad –tercer milenio de la era cristiana- nadie puede acudir con sus fuerzas armadas para la resolución de un conflicto internacional dispuesto a operar en solitario. La doctrina de Naciones Unidas marcha ya desde hace décadas en otra dirección. Todos los dirigentes políticos, implicados en alguna forma de lucha armada, prefieren operar por mandato de Naciones Unidas, es decir, en coalición. Y cuando no logran diplomáticamente fijar este punto de partida, al menos hay que reconocer que se sienten incómodos. Y que se esfuerzan mucho en hacer ver a la opinión pública internacional sus razones para combatir, presentándose como si ellos fueran las víctimas de haber tenido que emprender una legítima defensa ante una agresión que el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas no atiende del modo debido.

Ahora bien, la naturaleza de un conflicto no se agota para el estudioso del conflicto en el análisis de los propósitos, intenciones, motivaciones, causas o pretensiones de los dos actores principales. La expresión rigurosa de la realidad conflictiva, requiere saber con algún detalle otras dos cuestiones; las estratégicas y las tácticas: los *designios estratégicos* y las *resoluciones tácticas* o logísticas. Nada desvela mejor la naturaleza del conflicto, -cerrado para el historiador, abierto para el sociólogo y adivinado para el prospectivo- que la posibilidad de elegir entre una u otra estrategia y que la disponibilidad de unos u otros medios a su alcance. A esta cuestión concreta yo suelo calificarla de fase de búsqueda del verdadero designio estratégico de cada bando.

Tengo que aclarar en este momento de mi exposición que estas reflexiones más de carácter académico se refieren a los conflictos que la comunidad internacional no logra evitar (o que se teme que no logrará dominarles). Las situaciones de inestabilidad regional que se controlan sin que se llegue a una escalada de actitudes bélicas y de actos hostiles en cadena tienen otro tratamiento: *diplomático*, si son varios los Estados afectados y *policial*, si los atentados y las agresiones a las personas proceden de la propia comunidad o de grupos infiltrados en ella. El conflicto armado, cuya gravedad alcanza a un grado tal que podemos hablar del estallido de una “guerra” (aunque ésta no se declare) será exactamente el que nos interese analizar mejor, tanto si somos historiadores militares, como sociólogos atentos a las instituciones armadas o politólogos prospectivos de unas tendencias en curso. A los tres les corresponde estar atentos de manera creciente al escenario territorial donde las unidades regulares de los ejércitos recibirán la orden de intervenir.

La política de defensa, en cuanto tal política en curso, nos deberá dejar orientados respecto a lo que debemos saber sobre la situación dada (o sobre la situación que pueda sobrevenir). Aquí el estudioso de la realidad social (o incluso el analista del grado de moralidad y de entusiasmo de los miembros de las Fuerzas Armadas) deberá mostrarse cauto. De lo que se trata es de llamar la atención de los dirigentes políticos de la propia nación sobre una peligrosidad creciente, que se inscribe todavía en el marco de una confianza por parte de los cuadros de mando en el Gobierno que está legítimamente obligado a tomar las medidas correctoras de la difícil situación sobrevenida.

Pero la verdadera y efectiva elección del modo correcto de operar –el *designio estratégico*– viene de otras consideraciones que son, seguramente y ante todo, las estratégicas. Las propias unidades de las Fuerzas Armadas de Tierra, Mar y Aire han de ser conscientes de sus limitaciones a la hora de estar autorizados para el empleo de su potencial militar. En los “últimos conflictos” con participación de fuerza armada las limitaciones de intervención son cada día mayores. Se acuda al escenario del conflicto en solitario o en coalición, habrá siempre unas normas de comportamiento que rara vez se ajustarán a lo que la historia militar llamaba plena libertad de acción en la zona de combate. El jefe militar designado utiliza, poco a poco, sólo una parte de su capacidad de combate y sólo elevará el nivel de esta efectiva implicación en la lucha armada de sus unidades si la gravedad de la agresión pone en evidente riesgo a la vida de los miembros de la propia unidad. En los “últimos conflictos”, habidos con participación de fuerzas armadas regulares, los mandos militares se han sabido más controlados y vigilados que

en los penúltimos conflictos por la presencia de muchos observadores atentos a pedirles responsabilidades si se extralimitan respecto a lo autorizado previamente como norma de confrontación.

Estas limitaciones, cuando las fija el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y cuando lo hace respecto a las naciones que ponen soldados o marineros en las tareas de mantenimiento de la paz sobre zonas conflictivas (o pendientes del logro de una implantación de la paz ya perdida) son muy notables y requieren un adiestramiento y un adoctrinamiento previo. Lo que me importa decir aquí y ahora es que la estrategia al alcance de estas Unidades está demasiado condicionada por la misión. La misión recibida no se orienta a la derrota de un adversario de ellas mismas. Se habrá de explicar como misión de unas fuerzas que actúan como elementos obedientes a una resolución de Naciones Unidas, cuando no como misión reducida al desarme de un perturbador del orden internacional, nunca fácil de identificar sobre el terreno.

No se puede, pues, optar sin más por estrategias de acción directa que son las estrategias propias de unas guerras declaradas entre Estados colindantes. Hay que elegir entre estrategias de baja o de media intensidad operativa, que se sirven con armamentos relativamente ligeros. La estrategia, en sí misma muy limitada para proponerse a sí misma los modos más eficaces de alcanzar unos fines políticos, será también una estrategia limitadora de medios para el nivel táctico-logístico. Lo que se pretende con ella es aminorar los daños y sobre todo concentrarlos sobre los verdaderos perturbadores de la paz. Nunca se tolerará que la población civil sufra efectos colaterales en la intervención militar. Esta queda técnicamente obligada a considerarles inocentes a quienes al parecer están desarmados.

Ahora bien, los “últimos conflictos” y también los conflictos que la comunidad internacional se atreve a identificar en el espacio geográfico y en el próximo devenir como los más propios de nuestro tiempo, no se atienen a este deseable juego de limitaciones para la intervención a viva fuerza de efectivos armados dotados con modernas tecnologías. Los conflictos actualmente abiertos (o a punto de estallar) tienden a ser conflictos muy insidiosos. Piénsese en los oscuros orígenes de las apelaciones a actos terroristas que, al parecer, nunca proceden de Estados concretos sino de los estados emocionales de algunos grupos sociales, en principio, presentados como si ellos fueran los seres más miserables del mundo.

La lucha contra el terrorismo ha de responder y ha de replicar como tal “lucha”, que no “guerra”, a la lucha que se hace en nombre del terrorismo, es decir, a la lucha terrorista. Está lejos de mi modo de apreciar una situación como correcta, cuanto se ofrece en la actualidad en un esquema general donde aparecen sistemáticamente entrelazados los sucesivos atentados terroristas para tomarlos como si fueran sólo una versión moderna de la protesta del débil o del pobre contra el fuerte o el rico. Es, el grupo terrorista agresor, posiblemente, algo más débil y más pobre que aquel sistema de poder al que logran herir de vez en cuando. Pero no es un grupo de indigentes. Lo que el terrorismo transnacional nos revela es una cierta potencialidad y una notable capacidad de enmascaramiento y de cobertura de sus fines, incluso en la apariencia de ideales sociales. ¡Cómo no se logran defender de modo legal unos ideales –vienen a decirnos- y no tenemos más remedio que anunciarlos desde fuera de la normativa vigente la responsabilidad por el crimen queda transferida a otros!

Todo esto quiere decir que la conflictividad propia de los tiempos ya rebasados por la modernidad (o de los conflictos que he llamado “penúltimos”) era más franca, más directa, estaba mejor declarada y más sujeta a las leyes y usos de la guerra. Todo venía de la aceptación del monopolio de la fuerza, como tarea exclusivamente pensada para Estados dotados de un reconocimiento internacional. En los “penúltimos conflictos” se contaba con arbitrajes y mediaciones de las potencias neutrales. Pero lo peculiar de los “últimos conflictos” no es esto. Lo más peculiar de ellos es el uso de la propaganda para descalificar al adversario de una u otra manera, cualquiera que sea el modo como de hecho se comporte. El Estado o la cultura de este modo definidos por el terrorista como enemigos de un pueblo (o de una cultura, o de una civilización más amplia) están siendo diabolizados ante la opinión pública desde antes de su primer movimiento de defensa por quien se comporta como un agresor por sorpresa en acto o en potencia, es decir, como un terrorista.

Ya hemos caído en la cuenta de que para operar con acierto y con energía en esta atmósfera de fáciles descalificaciones de las culturas de cuño occidental por parte de los presuntos abogados del Tercer Mundo en su conjunto (o de los sectores tercermundistas con conciencia de ser sus víctimas) no nos sirven todas las estrategias ya experimentadas en el tiempo pretérito, sino sólo unas pocas. No nos vale a los occidentales la estrategia que en su día estuvo orientada para la conquista de nuevos territorios sino sólo la estrategia ahora legitimada para el protectorado temporal de una población civil gravemente amenazada por un régimen despótico o tiránico que, además,

realizó hace poco agresiones más allá de sus fronteras. No nos vale proponer la represalia inmediata a cargo del sector social o nacional herido por una agresión terrorista sino se le demuestra a quien debería recomendarla que la réplica militar aquella será proporcionada al daño padecido en la más baja de las valoraciones. Para entender este fenómeno paralizador de las reacciones contra el terrorismo conviene atender a la realidad dada en Oriente Próximo que todavía se está agitando entre árabes e israelitas. Los golpes mortales se suceden de tal modo en aquel escenario que, en lo político, parece ganar el que aplica con creces la ley del talión; pero, en lo moral, casi siempre se condena más al que reacciona. Es al agredido al que se le exige finalmente que sea él quien perdone con inmediatez todo lo que proviene del teóricamente más débil o más pobre, precisamente porque es quien ejecuta los atentados terroristas.

Esta visión de la conflictividad social y de sus posibles remedios no se corresponde con los contenidos de los estudios clásicos de historia de las campañas militares. Las batallas antiguas eran combates articulados por un conductor de operaciones pensadas para mejor vencer a una formación enemiga que vestía también de uniforme. El llamado arte de la guerra brillaba por la mayor eficacia de las líneas estratégicas de penetración en el despliegue del adversario que tenía el que habrá de ser el vencedor. Y la correcta explicación acerca de la fortaleza o de la debilidad de unos o de otros tenía suficiente para ser certera con la comparación cuantitativa y cualitativa de los ejércitos en presencia.

En el inmediato futuro de la conflictividad (internacional o intrasocial) que nos amenaza desde ahora mismo parece que estas consideraciones militares tendrán menor influencia o muy escasa aceptación. Ser más fuerte en una contienda no será el resultado de poseer más dinero, más tecnología, o más bienestar social sino el fruto de tener más razón a los ojos de la opinión pública (tanto interior como internacional). El rebelde que se alza en armas (o que se hace presente por sorpresa, tras burlar las cautelas del poderoso realizando atentados) se esforzará por hacer llegar a los neutrales su parte de racionalidad. Y en el seno de toda la sociedad del bienestar, (fracción por fracción) le será fácil al rebelde encontrar algún que otro apoyo moral. Le bastará dirigirse a los sectores más críticos y puritanos de una gran nación para encontrar en ellos acogida. Siempre hay algunos grados de injusticia y bastantes comportamientos egoístas en todos y cada uno de los sistemas de gobierno, aunque sean formalmente los más democráticos.

Naturalmente que este tipo de conflictividad, -el que ahora nos parece nuevo y peculiar del tercer milenio de la era cristiana-, tiene muchos antecedentes. El siglo XIX tuvo sus terroristas y sus magnicidios. También soportó políticas hegemónicas que dañaban el bienestar de múltiples grupos sociales en los pueblos poco desarrollados. Pero la explicación a mi juicio preferente de la conflictividad entonces existente era substancialmente política. Había en el mapa del Universo mundo grandes potencias, potencias medias y pequeñas potencias, junto a lo que ni siquiera era potencia. Se hablaba de lucha de clases en el interior y de conflictos bélicos por la posesión de las fuentes de energía y de materias primas en el exterior.

Estas mismas cuestiones les valen todavía a múltiples gentes para movilizarse. Les sirven para explicar algunos acontecimientos violentos. Pero cada día tienen menor aceptación. Porque si una parte del conflicto, por razones económicas –el precio del petróleo- invade Kuwait, será lógico que la otra parte reaccione en contra de la invasión, también por razones económicas. Y si por cuestiones de prestigio social, una cultura tradicional sanciona a sus miembros en trance de modernización por haberse situado en la órbita de otra cultura más avanzada, es bastante lógico que se busque por las personas y grupos de tal modo perseguidos un apoyo en las grandes potencias más modernizadas. Esto es lo natural y seguirá siendo lo frecuente en la realidad internacional. Los conflictos en su origen internos (o locales) atraen a las grandes potencias para sacar de ellos algunas ventajas en relación con las pretensiones de otra gran potencia rival.

No importa que nuestros adversarios actuales nos digan que “esos son tus egoístas intereses” porque los otros, los amigos, también nos dicen “estos son mis legítimos intereses”. Tampoco importa que se extreme el idealismo de unos grupos lanzados a la violencia, alegando que se oponen con las armas a la falta del idealismo de los poderosos, porque los poderosos así agredidos nos contestarán que también ellos tienen un ideal forjado para la vida colectiva y que no están dispuestos a perderlo. Ni siquiera a arriesgarlo. Más bien desean extenderlo a las zonas conflictivas porque, en definitiva, su cultura política es objetivamente mejor que la cultura política donde antes arraiga el terrorismo.

La verdadera naturaleza de los “últimos conflictos” conocidos (y ya padecidos) desde el año 2000 en adelante nos remite a la naturaleza del hombre en sociedad. Nos habla de cuales son sus pasiones dominantes cuando vive asociado con muchos otros. La solución viene de la búsqueda de actitudes libremente tomadas a favor de lo que mitiga las

adversidades y los odios y de lo que nos protege de los miedos irracionales, que siempre son unos pésimos consejeros. De esto se trata, en definitiva, -del hallazgo de unos modos de ser y de comportarse verdaderamente eficaces para crear una atmósfera de paz y de seguridad.

* * *

La renuncia mía, aquí y ahora, a que nos sea propuesto a los polemólogos un método infalible para el correcto análisis de los “últimos conflictos” bélicos no supone desconfianza en la capacidad de los estudiosos. Quiere decir, simplemente, que hay que atenerse a la realidad tal como la realidad (nacional o internacional) se presenta. En el fondo, lo primero será, en todos los casos, alcanzar el verdadero desvelamiento de los *propósitos políticos*, lo segundo, será la formulación correcta de los *designios estratégicos* y lo tercero, la observación lo más directa posible de las *resoluciones tácticas*, que se deciden poner en acto los responsables de la moderación del conflicto en ciernes.

Tengo para mí que sirven mejor para estar todos nosotros bien orientados en el trance, los *hechos* que se realizan por los contendientes que las *intenciones* que figuran en los discursos pronunciados en los foros internacionales. Hay que aprender a mirar ante todo a los comportamientos. No hay que abusar de la lectura de documentos. La historia, la sociología y la futurología, en tanto ciencias sociales, viven de datos reales. En cambio, las ideologías en lucha por el poder viven de apariencias y se cargan de expresiones retóricas casi siempre desajustadas a la realidad, pero muy contundentes para atraer a las gentes sin educar debidamente.

Con todo, me voy a permitir (para terminar mi exposición ante ustedes, tan amablemente seguida) hacerles una sugerencia de tono y de apariencia más humanista que científica. En mi reflexión sobre la conflictividad que se acerca actualmente a las formas tradicionales de la “guerra” antes que a las formas modernas de una “revolución”, tienen cada vez más sitio las actitudes de sosiego y de tolerancia que podrían ser verdaderamente compartidas por los grupos sociales que estén de hecho bien organizados para asumirlas colectivamente, es decir, constituidas en Estados modernos.

Cuando digo grupos bien organizados, me refiero también a los ejércitos en vías de profesionalización, y lo que digo vale tanto para sus cuadros de mando como para sus bases de soldados y marineros. Porque las actitudes a favor de la paz hacía las que

apunto como preferibles están situadas en una de estas tres columnas: la del totalitarismo, la del nihilismo y la del humanismo.

1. Hay actitudes colectivas que conducen a un indeseable "totalitarismo". Para mí son, respectivamente, *la ira* sin control, cuando se discute una cuestión como verdadera o como falsa, *el rigor* sin paliativos, si se plantea una alternativa ética entre lo bueno o lo malo y *la venganza* sin moderación, si se obsesionan las gentes por el disfrute sin sacrificio (sin dolor) del placer (o del bienestar) es decir, sin mezcla de sufrimiento alguno. Tal es la columna de actitudes que, estando en alza, es sobre la que se asientan las arbitrariedades de un poder dictatorial o tiránico en tiempo de disturbios.
2. Existe una segunda columna de actitudes (también en su apariencia orientada hacia la verdad, el bien o la felicidad). Es la que crece en nuestro tiempo en torno a la noción que llamamos "nihilismo", una noción que está tanto en los orígenes del terrorismo como de la indisciplina social, fenómenos causantes de tantos disturbios violentos. El nihilismo ambiental es lo que desarrolla, respecto a la alternativa verdad-error, una *apatía* indiferente y relativista; respecto al bien o al mal una *permissividad* de cuanto resulta en moral pública efectivamente malo o dañino para las gentes sencillas y respecto a la desgracia o la felicidad una *angustia* frente a cualquier manera de hacerse patente el dolor. Resulta claro para todos nosotros que esta segunda columna (nihilista), por razones contrarias a la totalitaria, tampoco sirve para la construcción de la paz. Como la del totalitarismo, más bien engendra violencia.
3. Lo decisivo está, si se quiere caminar con firmeza hacia un orden de paz cuyos conflictos puedan aminorarse prudentemente tanto por la civilización como por el derecho, consiste en hacerle un hueco a la tercera columna de las actitudes que deberían ser compartidas. La paz está más cerca y es menos precaria para una comunidad concreta cuando en las bases sociales de esa comunidad política de hombres libres (y de las propias instituciones militares) se hace fuerte la columna tercera de actitudes que ya he denominado para ustedes, la "humanista".

El mejor humanismo de nuestro tiempo es el que con prudencia media entre *la ira* del totalitario y *la apatía* del nihilista para ejercer, sin prisa y sin pausa, su propio *sosiego*. Me refiero al sosiego de quien busca lo verdadero y desdeña tanto la mentira como la falsedad a sabiendas de que lo verdadero existe y de que es posible conocerlo como tal si a través de un diálogo razonable así nos lo proponemos.

El mejor humanismo de nuestro tiempo es también el que con templanza media entre *el rigor* del totalitario y *la permisividad* del nihilista para ejercer con tino *su propia tolerancia*. Me refiero a la tolerancia de lo que pareciéndonos mal, todavía no lo condenamos, ya que confiamos en que la voluntad de hacer lo que es bueno se imponga de hecho a la voluntad de hacer lo malo, aunque éste sea elegido por mera debilidad. El bien existe y es posible un acuerdo sobre lo que es bueno para la propia comunidad, sin que necesariamente se haga sufrir por ello a las demás comunidades de hombres libres.

El mejor humanismo de nuestro tiempo es el que con fortaleza media entre *la venganza* y *la angustia* (respectivamente del totalitario y del nihilista) para habituar a las gentes al siempre difícil ejercicio del *perdón*. La vida colectiva, los encontrados intereses de los grupos sociales y de las mismas naciones soberanas y las pasiones que se desbordan de vez en cuando, traen consigo daños y sufrimientos que, sin duda, tienen sus propios culpables. Pues bien, el cierre de las heridas abiertas en las guerras y en las revoluciones solo es posible si se le crea a cada comunidad una oportunidad para el perdón que vaya más allá de las personas aisladas y benevolentes naturalmente dispuestas a perdonar.

Quiero terminar diciéndoles a ustedes que la columna que he llamado humanista, -en la que para el servicio de la Verdad se pone *sosiego*, en la que en correspondencia con el Bien se pone *tolerancia* y en la que en relación con el Sufrimiento se pone *perdón*, no supone por sí sola la eliminación de las consecuencias de todos los conflictos políticos, sociales o económicos devenidos en guerras o en revoluciones. Esta tercera columna, en cuya base está el *sosiego de la mente*, en cuyo centro se instala la *tolerancia del corazón* y en cuyo vértice se sitúa el *perdón del alma*, sólo nos garantiza dos cosas: *a)* que donde se implante no será del todo fácil el estallido de la conflictividad, si estamos bien cobijados a su lado y *b)* que será posible el retorno hacia la paz, si los hombres en definitiva se abrazan a ella cuando la situación social empeora tanto en las relaciones internacionales o como en las intranacionales.

Los “últimos conflictos”, en cambio, nos expresan a quienes los examinamos con preocupación creciente que no se están eliminando del todo las consecuencias de lo que tiende a ser cada día o más totalitario o más nihilista todavía de lo que fue en tiempos anteriores. Habrá “nuevos conflictos” en la medida en que se le den más oportunidades de las debidas a los grupos sociales prontos para reafirmarse en el totalitarismo o para sumergirse en un nihilismo dos cosmovisiones que están por desgracia en alza en algunos núcleos de la vida cultural occidental.